

# Denise en México

"Entre los poemas que escribí a fines de los cincuenta y a principios de los sesenta, muchos tenían que ver con México, donde viví algún tiempo. La cultura mexicana, con sus reminiscencias de sacrificios humanos entre los aztecas y en otros períodos precolombinos; con el fatalismo desarrollado, nos guste o no, por un pueblo sujeto a la brutalidad de los conquistadores españoles, a quienes no tuvieron la fuerza de expulsar, y aún hoy, con un alto índice de mortalidad infantil y una expectativa de vida adulta relativamente corta, la cultura mexicana no guarda a la muerte en el ropero. Las funerarias de las ciudades de México ostentan sus ataúdes en pleno día; en verdad las llamaría simplemente tiendas de ataúdes. Estas tiendas, como otras tiendas –de zapatos, abarrotes, o lo que sea– están abiertas de par en par, sin puertas, y sólo cierran al bajar la persiana tarde en la noche o en días festivos. Los conductores mexicanos tienden a arriesgarse y los cinturones de seguridad son aún virtualmente desconocidos. El hecho de que los niveles de salubridad y de higiene no sean altos no es algo para complacerse, por supuesto, pero mientras puede ser deplorable desde un punto de vista, debe ser visto, desde otro ángulo, como una forma altamente sofisticada de decir que el morir es una condición de la vida. La vista y el conocimiento, el reconocimiento de las mariposas asoleándose sobre un montón de estiércol no nos debe asustar si hemos de vivir nuestras vidas y de conocer el goce. Aquí hay un poema [*The Weave*] extraído de *The Jacob's Ladder* sobre, o de México:"

*The Weave*

The cowdung-colored mud  
baked and raised up in random  
walls, bears the silken  
lips and lashes of erotic  
flowers towards a sky of  
noble clouds. Accepted  
sacramental excrement  
supports the ecstatic half-sleep  
of butterflies, the slow  
opening and closing of brilliant  
dusty wings. Bite down  
on the bitter stem of your nectared  
rose, you know  
the dreamy stench of death and fling  
magenta shawls delicately  
about your brown shoulders laughing.

## *La trama*

El barro color estiércol de vaca  
cocido y levantado en azarosas  
paredes, sostiene los labios  
sedosos y las pestañas de eróticas  
flores hacia un cielo de  
nubes nobles. El aceptado  
excremento sacramental  
sostiene la duermevuela extática  
de las mariposas, el lento  
abrir y cerrar de brillantes  
alas polvorosas. Muerde  
el tallo amargo de tu rosa  
nectárea, tú conoces  
el vago hedor de la muerte y el esfuerzo  
magenta envuelve delicadamente  
tus pardos hombros riendo.

## *Death in Mexico*

Even two weeks after her fall,  
three weeks before she died, the garden  
began to vanish. The rickety fence gave way  
as it had threatened, and the children threw  
broken plastic toys –vicious yellow,  
unresonant red, onto the path, into the lemontree;  
or trotted in through the gap, trampling small plants.  
For two weeks no one watered it, except  
I did, twice, but then I left. She was still conscious then  
and thanked me. I begged the others to water it–  
but the rains began; when I got back there were violent,  
sudden, battering downpours each afternoon.

Weeds flourished,  
dry topsoil was washed away swiftly  
into the drains. Oh, there was green, still,  
but the garden was disappearing –each day  
less sign of the ordered,  
thought-out oasis, a squared circle her mind  
constructed for rose and lily, begonia  
and rosemary-for-remembrance.  
Twenty years in the making  
less than a month to undo itself;  
and those who had seen it grow,  
living around it those decades,  
did nothing to hold it. Oh, Alberto did,  
one day, patch up the fence a bit,  
when I told him a future tenant would value  
having a garden. But no one believed  
the garden-maker would live (I least of all),

## *Muerte en México*

Dos semanas después de su caída,  
tres semanas antes de que ella muriera, el jardín  
empezó a desaparecer. La desvencijada verja cedió,  
como amenazara hacerlo, y los niños arrojaron  
juguetes rotos de plástico –amarillo sucio,  
rojo hueco– a la vereda, al limonero,  
o atravesaron la brecha trotando, pisoteando las plantas  
/pequeñas.

Durante dos semanas nadie regó, excepto yo,  
dos veces, luego me fui. Ella, que aún estaba consciente,  
me lo agradeció. Le pedí a los otros que lo regaran,  
y entonces las lluvias comenzaron; cuando regresé caían, cada  
/tarde,

violentos, repentinos, demoledores aguaceros.  
La mala hierba florecía,  
la tierra seca fue arrastrada velozmente  
por la cañería. Aún había verdor  
pero el jardín desaparecía –cada día  
menos rastros del ordenado,  
del bien pensado oasis, un círculo perfecto que su mente  
construyó para la rosa y el lirio, la begonia  
y el romero-para-el-recuerdo.  
Veinte años en hacerlo,  
menos de un mes en arruinarse,  
y aquéllos que lo vieron crecer  
viviendo a su alrededor esas dos décadas,  
nada hicieron por conservarlo. Oh, Alberto hizo algo:  
un día reparó la verja,  
cuando le dije que un futuro inquilino apreciaría  
tener un jardín. Nadie creía  
que la creadora del jardín viviría (yo menos que nadie),

so her pain if she were to see the ruin  
remained abstract, an incomprehensible concept,  
impelling no action. When they carried her past  
on a stretcher,  
on her way to the sanatorio, failing sight  
transformed itself into a mercy: certainly  
she could have seen no more than a greenish blur.  
But to me the weeds, the flowerless rosebushes, broken  
stems of the canna lilies and amaryllis, all  
a lusterless jungle green, presented—  
even before her dying was over—  
an obdurate, blind, all-seeing gaze:  
I had seen it before, in the museums,  
in stone mask of the gods and victims.  
A gaze that admits no tenderness; if it smiles, it  
only smiles with sublime bitterness—no,  
no regret, nostalgia has no part in its cosmos,  
bitterness is irrelevant.  
If it holds a flower—and it does,  
a delicate brilliant silky flower that blooms only  
a single day— it holds it clenched  
between sharp teeth.  
Vines may crawl, and scorpions, over its face,  
but though the centuries blunt  
eyelid and flared nostril, the stone gaze  
is utterly still, fixed, absolute,  
smirk of denial facing eternity.  
Gardens vanish. She was an alien here,  
as I am. Her death  
was not Mexico's business. The garden though  
was a hostage. Old gods  
took back their own.

así que el dolor que pudiera sentir al ver aquella ruina  
permaneció abstracto, un concepto incomprensible,  
incapaz de suscitar acción alguna. Cuando se la llevaron en la  
/camilla,

camino al sanatorio, su vista cansada  
se transformó en una bendición: seguramente  
no pudo ver más que una mancha verdosa.  
Para mí, la maleza, los rosales sin flores, los tallos  
rotos de los lirios y las amarilis, toda  
esa deslustrada jungla verde, exhibía  
–aun antes de que su agonía terminara–  
una mirada penetrante, endurecida, ciega:  
ya antes la había yo visto, en los museos,  
en las máscaras de piedra de dioses y víctimas.  
Una mirada que no admite ternura, que si sonríe  
lo hace con sublime amargura –no,  
ni siquiera es amarga: no alberga  
rencores, la nostalgia no tiene cabida en su universo,  
la amargura es irrelevante.  
Si coge una flor –sí,  
una delicada y brillante flor de seda que un solo  
día florece– la aprieta  
con filosos dientes.  
Enredaderas y escorpiones trepan por su cara,  
y cuando los siglos desgasten  
los párpados y ensanchen la nariz, la pétrea mirada  
sigue completamente inmóvil, fija, absoluta,  
una sonrisa de desprecio frente a la eternidad.  
Los jardines desaparecen. Ella era aquí una extraña,  
como yo. Para México,  
su muerte no importó. El jardín, sin embargo,  
fue un rehén. Los antiguos dioses  
recuperaron lo suyo.





